

LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS Y EL PROFESOR LUC MONTAGNIER. UN ENCUENTRO EN PARÍS

THE ACADEMY OF MEDICAL SCIENCES AND THE PROFESSOR LUC MONTAGNIER. A MEETING IN PARIS
MEDIKUNTZA ZIENTZIEN AKADEMIA ETA LUC MONTAGNIER IRAKASLEA. HITZORDUA PARISEN.

Ricardo Franco-Vicario



En el número anterior de nuestra revista, Gaceta Médica de Bilbao, se reseñaban el conjunto de actividades organizadas por la Academia con motivo del 25 Aniversario del sida: exposiciones, conferencias, mesas redondas etc. El programa culminó con un acto institucional de reconocimiento a los pioneros en lucha contra el sida que tuvo lugar en el Palacio Euskalduna el pasado 30 de noviembre de 2006.

El evento –que fue clausurado por el Consejero de Sanidad del Gobierno Vasco-, logró un alto nivel de convocatoria y satisfizo plenamente tanto a los organizadores como a los asistentes. Los medios de comunicación hicieron amplio eco de lo sucedido.

El programa tenía un apartado especial –las adhesiones institucionales- y una sorpresa: la presencia virtual del profesor Luc Montagnier, descubridor del virus del sida.

El Jefe de Redacción de la Gaceta Médica de Bilbao, Dr. Julen Ocharan Corcuera me pidió que hiciese un reportaje sobre la visita que el Presidente de la Academia profesor Zarranz y yo hicimos a París, a la sede de la UNESCO, para grabar la entrevista con el profesor Montagnier, entrevista que posteriormente se emitió en el referido acto institucional.

Quiero agradecer antes que nada a la agregada cultural de la Embajada de Francia y directora del Instituto de dicho país en Bilbao, Françoise Cochaud, por sus diligentes gestiones ante la oficina del profesor Montagnier, y a la entonces secretaria de la Academia srta. Ana Muguerza, que organizó impecablemente todo lo relativo al viaje. Nos acompañó un veterano realizador de televisión Carlos Fernández Tabernero, cuyos programas de viajes culturales en Tele Bilbao tienen una gran audiencia.

El profesor Zarranz puntual como un eclipse –que diría el Dr. Bremón “*en cuatro corazones con freno y marcha atrás*” de Jardiel Poncela-, nos recogió. Eran las 8 de la mañana de un viernes 10 de noviembre de 2006.

Tomamos la autopista hacia Donosti. Dominaba la oscuridad, pero se adivinaba en el amanecer un día esplendido; y así fue.

Las emisoras comentaban los titulares de los periódicos y diversas noticias que luego constituirían el núcleo de discusión de las tradicionales tertulias radiofónicas matutinas: 416 millones de pobres ganan lo mismo que los 500 mas ricos del mundo / los demócratas se hacen con el Senado y exigen a Bush un repliegue por etapas de Irak / una multitud pide en Gaza que millones de suicidas tomen venganza contra Israel / los patronos de una patera tiran al agua a 11 “sin papeles” / una maestra denuncia a una alumna por agresión / NATURA aborda la amenaza del mejillón cebrá y otros invasores / el genoma del erizo marino revela un gen parecido con el humano / se cierra en Nueva York un musical sobre Dylan Persuadidos de que estábamos en un mundo muy convulso y convertidos en obligados contertulios dentro de un coche, llegamos a Hendaia.

Comentaba yo con el presidente de la Academia que, a pesar de nuestra condición actual de europeos y 37 años de democracia a nuestras espaldas, cruzar la frontera, en este caso la francesa, nos sigue provocando reminiscencias de tiempos pasados: un soplo de libertad precedido de un profundo suspiro.

Todos los pasos fronterizos tienen una rica historia; Hendaia también. Nuestra generación recuerda que fue allí donde tuvo lugar la famosa entrevista entre Hitler y Franco el 23 de octubre de 1940. Pero pocas personas saben que el célebre pintor Velázquez enfermó en Hendaia, mientras decoraba el edificio donde se produjo la firma de los esponsales de la infanta María Teresa con Luis XIV. El autor de “*las meninas*” moriría poco después. Sin embargo, lo que mas rondaba en mi cabeza en esos momentos era un poema de Unamuno publicado el 6 de febrero de 1926 en la revista “*Caras y Caretas*” de Buenos Aires. El Rector de Salamanca, desde su exilio hendayés, narra una excursión dominical a Biriattou, una aldea vascofrancesa sita en la orilla norte del Bidasoa. Allí, en la iglesia del pueblo pudo ver una lápida dedicada a los jóvenes del lugar caídos por Francia en la gran guerra. El final de inscripción funeraria dio título a la poesía orhoit gutaz (¡acordaos de nosotros!), que acababa así: “*pedís nuestro recuerdo y una lección nos dáis de manse-dumbre; calle el porqué ... vivamos como habéis muerto, sin porqué, es lo cuerdo... los ríos a la mar... es la costumbre y con ella pasamos*”.

En un santiamén llegamos a St.-Jean -de -Luz. La mañana estaba ya radiante, el paisaje bellissimo y los campos de golf, abundantes en la zona, despertaban en el profesor Zarranz recuerdos de gestas deportivas.

Cerca del aeropuerto de Biarritz atravesamos los lagos de Marión, Brindós y Mouriscot (en este último se confirmó el noviazgo entre el rey Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battemberg).

Según me apunta don Federico Poirier –nieto de los creadores de la famosa firma Gastón y Daniela-, el aeropuerto de Biarritz-Anglet-Bayonne fue inaugurado en 1954, construyéndose una nueva Terminal en 1993. Enlaza con París a través de 6 vuelos diarios que aprovechan, por su bajo costo, guipuzcoanos, navarros y bilbaínos ahorrativos.

A las 10 y pico estábamos ya en la zona de embarque. Justamente era la primera vez, al menos para mí, que utilizábamos las bolsitas de plástico transparente para exhibir ante la gendarmería los líquidos del equipaje de mano; preceptivas, por razones de seguridad, desde hacía poco en todos los aeropuertos.

Quedaba 1 hora por delante, tiempo suficiente para reparar el plan del día: a las 13:30 teníamos concertada la entrevista en París, en uno de los edificios de la UNESCO con el profesor Montagnier. El profesor Zarranz llamó desde el aeropuerto a su secretaria mademoiselle Christine, para cerciorarse de que no existían cambios de última hora en la agenda del científico. Comprobamos que la medalla de honor de la Academia estaba dentro de su estuche y que los ejemplares de la Gaceta Médica de Bilbao no habían sufrido deterioro. Con motivo del 25 aniversario del sida, la Junta de Gobierno de la Academia acordó conceder al profesor Luc Montagnier la medalla de oro de la institución. Aprovechando “que el Pisuerga pasa por Valladolid” el Jefe de Redacción de la revista Dr. Julen Ocharan, con un instinto encomiable, nos encargó que le entregásemos unos ejemplares de la Gaceta Médica de Bilbao para que en uno de ellos el ilustre científico plasmase la correspondiente dedicatoria. De motu propio yo llevaba otro regalo que sabia iba a interesar al profesor Montagnier; se titulaba “*La pandemia de gripe española en el País Vasco (1918-1919)*”, escrito por Antón Erkoreka. Profesor de la UPV/EHU y Director del Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia de nuestra universidad pública.

Entre dimes y diretes acerca de la figura del profesor Luc Montagnier –la polémica con Robert Gallo sobre la autoría del descubrimiento del VIH, la extrañeza de que aún no se le hubiese concedido el premio Nobel etc.-, fuimos llamados a embarcar en un vuelo de Air France a las 11:30 horas.

No habían dado las 13 horas cuando el avión aterrizaba en el aeropuerto Roissy Charles de Gaulle, a 30 km. al nordeste del centro de la ciudad. Rápidamente tomamos un taxi, conducido por un individuo de etnia oriental, magnifico al volante pero absolutamente reservado –comme il faut-. Consiguí, en menos de 30 minutos, llevarnos hasta el segundo edificio de la UNESCO, en la

1, rue Miollis, cerca del Boulevard Garibaldi y de la Place Cambronne.

En el trayecto iba recordando un libro delicioso, publicado en 1944, titulado Biografía de París, de Eduardo Aunós Pérez que conservo con cariño al ser obsequio de una queridísima paciente. En él se explica que en el siglo III a.C. un grupo de comerciantes galos celtas, llamados parisii se establecieron en la actual Île de la Cité. Los siglos de conflictos entre los galos y los romanos terminaron en el 52 a.C., cuando las legiones de Julio Cesar tomaron el control y crearon la ciudad de Lutecia en la isla y en la orilla izquierda (sur) del Sena. En el año 508, el rey franco Clodoveo I unió el reino de la Galia e hizo de París la capital.

Tras atravesar los rigurosos controles y proceder a nuestra identificación, nos condujeron a la recepción donde una amable señorita se puso en contacto con la secretaria del profesor Montagnier, cerciorándose del rendez-vous. Se nos notificó un retraso de 15 minutos sobre el horario de la cita que aprovechamos para tomar un café y acopiar un montón de folletos informativos sobre esta organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

A la entrada, en el hall, en un gran mármol estaba grabada la siguiente cita constitucional de la UNESCO: *“Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”*.

Si ustedes buscan en Internet:

(www.un.org/spanish/millenniumgoals) encontrarán una página dónde se enumeran los objetivos que se ha trazado la UNESCO de aquí al 2015: 1º Reducir a la mitad la proporción de personas que viven en la extrema pobreza. 2º Lograr la universalización de la enseñanza primaria en todos los países. 3º Suprimir las disparidades entre los sexos en la enseñanza primaria y secundaria. 4º Luchar contra el sida, el paludismo y otras enfermedades y 5º Garantizar un medio ambiente sostenible. Apenas habían transcurrido 10 minutos cuando la señorita Christine bajó al hall para acompañarnos hasta el despacho del profesor Luc Montagnier, situado en la última planta del edificio. No era un hábitat muy amplio; dos estancias, la de la secretaria y el despacho del científico. Como éste se demoró un cierto tiempo, tuve ocasión de observar su contenido: una mesa llena de documentos, detrás de la butaca una biblioteca de dos cuerpos, repleta hasta los topes, una mesa auxiliar para el ordenador, dos sillas de respeto, un tresillo con una mesita baja llena de cosas, varios muebles-armarios de 130 cm. de alto, una televisión convencional con una antena rarísima que parecía un ventilador. Todas las repisas que daban a los gigantes ventanales –desde donde se veía medio París con su triunfante icono metálico: La Tour Eiffel-, estaban cubiertas por libros, dosieres o documentos. Pero lo más llamativo era la cantidad de objetos esparcidos por todos

los rincones del despacho, frutos, sin duda de los numerosos homenajes, reconocimientos, condecoraciones, recuerdos de visitas a países del tercer mundo etc. . Era ciertamente un desorden organizado dónde el científico debía sentirse muy a gusto. Me imagino las regañinas de las femmes de ménage a la hora de adecentar el habitáculo; pero hasta ahí no pudimos profundizar.

Entró sonriente, saludó al profesor Zarranz, el cuál a su vez nos presentó y, como si de un actor consumado se tratase preguntó por el guión de la visita.

El presidente de la Academia –que podría pasar por gabacho, dada la fluidez verbal y el impecable acento-, le puso al corriente de la historia de nuestra centenaria institución, de los actos que habíamos organizado con motivo del 25 aniversario del sida y de los honrosos que nos sentiríamos contando con su presencia –aunque sea virtual- en el homenaje a los pioneros en la lucha contra el sida.

Un *avec plaisir* dio comienzo a un discurso perfectamente meditado, cronométricamente medido, de cuyo contenido se desprendía un sobrado conocimiento de todo lo concerniente a la epidemiología del sida en el País Vasco –a través del Dr. Daniel Zulaica, con posterioridad, supimos que D. Lucas había visitado años atrás nuestra Comunidad Autónoma-.





De seguido el profesor Zarranz le impuso la medalla de honor. Le gustó mucho y agradeció muy sinceramente la distinción. Comentó: ¡Qué sabio lema faciam ut potero!. Luego le mostramos por duplicado los ejemplares de la Gaceta Médica de Bilbao y, cumpliendo con el encargo del Dr. Ocharan, conseguimos dos hermosas dedicatorias. Por último le entregamos la mencionada publicación sobre la pandemia de gripe española en el País Vasco. Ya fuera de protocolo y sin cámaras delante nos enseñó orgulloso el magnífico panorama que se divisaba desde su despacho. A fable en todo momento, nos acompañó hasta el ascensor, disculpándose de no poder acudir personalmente a Bilbao el 30 de noviembre, dada la cantidad de compromisos previamente adquiridos en torno al día mundial del sida.

Eran las 15 horas y nuestros estómagos empezaban a protestar. A partir de aquí nos dejamos guiar por un parisino de adopción, el profesor Zarranz, que en metro y en menos de 10 minutos nos desembarcó en un bistrot situado en la mismísima Place de l'Etoile (hoy Place Charle de Gaulle), a un tiro de piedra del Arco del Triunfo que cubre la Avenida de los Campos Eliseos. ¡Cuánta historia ha presenciado este lugar!. Mientras escribo estas líneas el ciclista Alberto Contador era proclamado campeón del Tour 2007 (5º español que gana

esta gesta deportiva); casi por txiripa, ya que el líder Rasmussen fue expulsado de la selección danesa por eludir varios controles de dopaje.

Tras la comida nuestro presidente tuvo un ataque de nostalgia y quiso pasear a les Tuileries, cosa que fue imposible pues el equipo del cámara pesaba tanto que ni entre dos, a turnos, podíamos con él. Eso no impidió para que a dúo –el presidente y yo-, cantásemos la melancólica canción de Gilbert Beaud: Nathalie, humedeciéndonos los ojos por el fenómeno de flashback.

No era cuestión de seguir caminando con semejante trasto y tomamos otro metro hasta la Place du Louvre, callejeando a duras penas por los alrededores. Viejas librerías, hoteles de encanto, boutiques de primeras firmas, calles, plazas, parques, avenidas, jardines... Como diría un rebuscado cronista: *“París no se aleja de mí, siempre me aguarda con su luminoso decorado que se despliega sobre un fondo de historia, bajo el hechizo de una espiritualidad rebosante, en espumaje de anécdotas y emociones”*.

No había tiempo para más. El presidente, profesor Zarranz, se quedó con pena de no haber podido ir a la exposición sobre el gran modisto vasco universal Cristóbal Balenciaga, en cuya casa de París se alojó mientras duró su formación como especialista en neurología.

Eran las 8 de la tarde, refrescaba un poco. El mundo subterráneo del metro a esas horas parecía un termitero; todos corriendo en desbandada hacia Dios sabe dónde. Nosotros al aeropuerto, de vuelta a casa.

Un día intenso, único, probablemente irreplicable. El traqueteo del tren me acunaba, hipertrofiando mi ensoñación. Teníamos una sensación de placidez lo más parecida a una sobredosis de endorfinas. Habíamos visitado al investigador más famoso del Instituto Pasteur, al que descubrió el virus del sida en 1983; al futuro premio Nobel, al hombre que hoy coordina desde la UNESCO las estrategias y actividades internacionales en la lucha contra la enfermedad más paradigmática del siglo XX y XXI.

Con ese espumaje de anécdotas y emociones nos despedimos de la “ciudad de la luz” pensando que la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao siempre tendrá un privilegiado lugar en el almario –en el alma-, del profesor Luc Montagnier y viceversa.

París, 10 de Noviembre de 2006

Prof. Dr. Ricardo Franco-Vicario

Especialista en Medicina Interna. Profesor UPV/EHU.
Hospital de Basurto. Osakidetza. Avda. Montevideo, 18.
48013 Bilbao. Bizkaia. España UE.

Enviado: 01/12/06 Aceptado: 01/12/06